

**REBELIONES Y SUBLEVACIONES DE LOS INDÍGENAS
CONTRA LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA
EN LAS ÁREAS PERIFÉRICAS DE COSTA RICA
(DE 1502 A 1710)**

Juan Carlos Solórzano Fonseca

Abstract

Prior to 1561, Spanish attempts to dominate what is now Costa Rica were concentrated in the Caribbean lowlands and the Nicoya Peninsula. Towards the end of the sixteenth century, the Spaniards consolidated a nucleus of colonization in the Valle Central, whence they organized expeditions to capture Indians in the northern plains and to dominate the territories of the Talamanca region to the south.

In 1610, an Indian uprising destroyed the city of Santiago de Talamanca, focus of Spanish colonization in that area. Thereafter, the Spaniards expanded enormous efforts to suffocate recurrent Indians revolts. The culmination was a new uprising in 1709, led by Indian leaders Presbere and Comesala which halted Spanish expansion into Talamanca.

Resumen

Hasta 1561 los intentos de dominación española en lo que hoy día es Costa Rica se concentraron en la región de la costa del Caribe y en la península de Nicoya. A finales del siglo XVI los españoles lograron establecer un núcleo de colonización en la región del Valle Central, en el interior del país. Desde aquí lanzaron expediciones con el fin de capturar indígenas en las llanuras del norte y para dominar los territorios del sur, en la región de Talamanca.

Una sublevación acabó con el foco de colonización española en Talamanca, la ciudad de Santiago de Talamanca, en el año de 1610. A partir de este año los españoles tuvieron que hacer frente a la constante rebelión indígena, a pesar de los esfuerzos organizados en Cartago para sofocar la resistencia. A finales del siglo XVII una nueva ofensiva dirigida por los frailes franciscanos trató nuevamente de someter las poblaciones indígenas de Talamanca. El resultado fue el estallido de una nueva sublevación en 1709 dirigida por los líderes indígenas Presbere y Comesala con lo que se puso freno a la expansión hispánica en este territorio.

Introducción

En el presente trabajo analizamos la resistencia de los indígenas de las áreas periféricas de Costa Rica a los intentos de conquista y colonización. Entendemos por áreas periféricas aquellos territorios de la gobernación de Costa Rica que no pudieron ser sometidos al control de los españoles.

Hasta 1561 los intentos de conquista se concentraron en la costa del Caribe y en la península de Nicoya y provinieron de núcleos de colonización situados fuera de Costa

Rica. Luego, a finales del siglo dieciséis, los españoles lograrían implantarse de manera definitiva sólo en una pequeña porción del actual territorio de Costa Rica, en el Valle Central donde fundaron la ciudad de Cartago, así como en la península de Nicoya y la banda oriental del Golfo del mismo nombre. Vastos espacios de nuestro país se mantuvieron ocupadas por poblaciones de autóctonos insumisos al poder hispánico.

En este estudio nos concentraremos en analizar dos regiones en donde los indígenas buscaron refugio y resistieron la colonización española. Estas regiones se ubican al norte y sur del país. En el norte, en las actualmente conocidas llanuras de Guatuso, territorio habitado por los "indios Votos". En el sur, la región conocida genéricamente como Talamanca, donde los españoles trataron de manera incesante aunque sin éxito de establecer y dominar las poblaciones indígenas.

El territorio de Talamanca fue el principal núcleo de resistencia al poder hispánico y en él se concentraba el mayor número de habitantes indígenas que escaparon a la colonización española. La historia de esta región durante el período colonial se caracteriza por los constantes intentos de los colonizadores por implantarse en dicho territorio y el consecuente estallido de rebeliones indígenas que los hacían retroceder.

Las poblaciones indígenas que se mantuvieron al margen del expansionismo de los núcleos de colonización europea no escaparon del todo a fenómenos de aculturación. No obstante, lo fundamental es que lograron mantener la independencia de sus estructuras políticas a pesar de las constantes presiones. Estas poblaciones se encontraban organizadas en cacicazgos caracterizados por la existencia de un jefe que los españoles llamaban "cacique principal", de quien dependían caciques menores en rango, los que a su vez gobernaban una aldea y poblados vecinos de menor tamaño.

Por último, aunque de gran importancia, cabe destacar la dificultad que presentan las fuentes documentales para el estudio de las rebeliones indígenas. Estas siempre presentan el punto de vista de los españoles. De allí lo difícil que resulta aprehender la realidad desde la perspectiva de los indígenas, es decir las "formas de pensamiento que orientaron la resistencia indígena no manifiestas en los textos".¹

I- Las poblaciones indígenas de las áreas periféricas de Costa Rica colonial

En el vasto territorio correspondiente a la Vertiente Atlántica del sur de Costa Rica se encontraban gran número de pueblos y cacicazgos, en tanto que en las llanuras del Norte, entre los ríos San Carlos y Sarapiquí, dominaba el cacicazgo de los Votos. Este agrupaba a los territorios de los actuales indígenas Guatusos o Maleku ubicados entre los ríos Caño Negro y Pocosol. En realidad, los españoles denominaron con el nombre de Votos al territorio que se ubicaba a partir de las estribaciones septentrionales de los volcanes Poás y Barva. No obstante, durante los primeros años del desarrollo de la conquista se mencionan también los territorios indígenas de los Tises y Katapas. Los primeros se ubicarían entre los ríos Kutria y Frío, en tanto los segundos entre los ríos Frío y Zapote. Debido al escaso interés de los conquistadores por someter esta región, el área de los Votos se convertiría durante todo el período colonial en una zona refugio, hacia donde huirían los indígenas que lograban escapar de la dominación implantada por los españoles en otras regiones del país.

En la región del Caribe central y sur, se localizaban los cacicazgos de Suerre, Pococí, Tariaca y Talamanca; los dos primeros, dependientes del Señorío del Guarco que

dominaba el área oriental del interior del país. Por su parte, Tariaca se encontraba en las cercanías del actual valle del río La Estrella, el cual constituiría su límite sureste, colindando aquí con el cacicazgo de Talamanca. En lo que respecta a Talamanca, originalmente este nombre lo dieron los españoles a un cacicazgo cuyos límites estaban determinados por el norte con Tariaca, al oeste con Chirripó y al sureste con el río Changuinola, al otro lado del cual se ubicaban los Terbis. Entre las etnias agrupadas en el Cacicazgo de Talamanca se encuentran los Térrabas, Térrebes o Terbis, los Dorasques o Doraces, los Chánguenas o Chánguinás, los Siguas o Mexicanos, los Bribris o Viceítas, los Aoyaques, los Urinamas, los Moyaguas, los Cabécaras, los Ara, los Cureros y los Hebenos entre otros, no todos ellos claramente identificados. En términos generales puede decirse que en su mayoría compartían rasgos culturales aunque también mostraban diferencias, particularmente de carácter lingüístico. Tampoco estuvieron exentas las rivalidades interétnicas, las que a menudo desembocaron en encuentros bélicos.²

Las poblaciones de la región del Caribe sur enfrentaron tenazmente los intentos de los españoles por asentarse en dicha zona; así mismo rechazaron los esfuerzos de éstos de trasladarlos hacia nuevos poblados distantes de sus sitios de habitación originales. Los autóctonos reaccionaron con todos los medios a su alcance para rechazar al español: Desde la resistencia pasiva de aquellos que momentáneamente aceptaban el sometimiento a los dictados hispánicos, hasta la lucha armada o, como recurso último, la huída hacia las zonas inhóspitas de las montañas. Por esta razón la región del Caribe sur constituyó una zona refugio para los autóctonos. Al igual que las llanuras del Norte, en Talamanca buscaron protección los indígenas que lograban escapar de la dominación de los hispanos.

VER GRAFICO ADJUNTO

II- Conquista española y resistencia indígena en el siglo dieciséis

Durante el siglo dieciséis, la expansión castellana estuvo motivada por el afán de someter las poblaciones indígenas, con el fin de orientarlas al trabajo en tareas de extracción aurífera. En este sentido, en los inicios de la colonización hispánica de Costa Rica el objetivo principal de los españoles era el de lograr el control de aquellos territorios que se suponía poseían mayores recursos auríferos. De allí que hasta finales de esta centuria los españoles dedicaron ingentes recursos y esfuerzos a fin de someter las poblaciones del sur del país, reputado como el que poseía la mayor concentración de oro aluvial.

En el año de 1502, Cristóbal Colón fue el primer europeo que puso pie en territorio de lo que hoy día es la zona del Caribe Central de Costa Rica. Corría el mes de setiembre cuando los barcos bajo el mando de Colón se detuvieron en un punto situado entre la isleta de Quiribrí (conocida hoy día como la Uvita) y el poblado indígena de Cariari, a orillas del actual río de Cieneguita. Según el relato de Fray Bartolomé de las Casas, la propia isla estaba cultivada y “parecía un vergel deleitable”, al punto que Colón la llamó “la Huerta”. Esta población dio muestras de su carácter guerrero pues, de acuerdo con el testimonio de este cronista:

*“concurrió mucha gente de guerra con sus armas, arcos y flechas y varas y macanas, como haciendo rebato y mostrando estar aparejados para defender su tierra”.*³

Luego de levar anclas y de secuestrar a dos indígenas principales, Colón continuaría su viaje rumbo hacia la costa de lo que se llamaría Veragua, ya en el actual territorio de Panamá. Precisamente en esta región, alentado por la existencia de oro, Colón trataría de establecer un primer asiento colonizador, aunque fracasaría debido a la tenaz resistencia que opusieron los indígenas a las acciones depredadoras y de saqueo llevadas a cabo por los hombres que le acompañaban en la expedición.

Algunos años más tarde la Corona cedió derechos de conquista y colonización a Diego de Nicuesa, a quien le fijó como límites el territorio de la costa del Caribe situado entre el cabo Gracias a Dios (actualmente en Nicaragua) y el Golfo de Urabá (entre las actuales Colombia y Panamá). Nuevamente, la resistencia indígena y la pérdida de materiales y provisiones por parte de los expedicionarios, causaron el fracaso de este segundo intento de colonización española.

Después de los fracasos de Colón y de Nicuesa, transcurrieron veinte años antes de que los españoles trataran de fundar nuevos núcleos de colonización en las costas del Caribe de Costa Rica. Las ciudades de León y Granada de Nicaragua se convirtieron en punto de partida de las campañas de exploración y conquista de nuevos territorios. Fue en el año de 1529 cuando el gobernador de Nicaragua, el tristemente célebre Pedrarias Dávila, encomienda a Martín de Estete la exploración del río San Juan. Los ciento cincuenta hombres al mando de este conquistador realizan las primeras correrías en las llanuras del Norte de Costa Rica. También llegan a la zona del Caribe central de Costa Rica, a las llamadas tierras del cacicazgo de Suerre. La expedición de Estete fue propiamente una campaña de saqueo, cuyo objetivo era obtener oro y capturar indígenas para convertirlos en esclavos. Las acciones depredadoras de los españoles provocarían la encarnizada resistencia de los indígenas, por lo que la columna española se vio obligada a retirarse de estos territorios.

Cinco años más tarde, el rey nombró a Felipe Gutiérrez gobernador de Veragua, cuyos límites se fijaron nuevamente entre el cabo Gracias a Dios y la gobernación de Panamá o Castilla del Oro. Esta fue una empresa de conquista y colonización de gran envergadura pues Gutiérrez dispuso de gran cantidad de hombres y recursos. Aproximadamente cuatrocientos soldados se embarcaron en España rumbo a las costas de Caribe de Costa Rica y Panamá. El desembarco de los españoles se llevó a cabo en un río que se supone fue el de Belén. Una vez instalado el campamento español, Gutiérrez organizó el lanzamiento de diversas columnas armadas a fin de “correr la tierra”. Pero, la encarnizada resistencia de los indígenas dio al traste con las intenciones de los hispanos. Según las fuentes documentales, los nativos recurrieron a la táctica de quemar los cultivos, aún a riesgo de perecer por hambre, con el fin de impedir que los invasores tuviesen acceso a sus alimentos. Muy pronto los expedicionarios, una vez agotadas sus propias provisiones, tuvieron que afrontar el acuciante problema de la falta de comida. Gutiérrez abandonó la zona en un navío con sesenta de sus hombres. El resto de los españoles permaneció en el campamento, donde perecerían por hambre o combatiendo a los indígenas.

En el año de 1539 desde Nicaragua se organiza otra expedición dirigida hacia las llanuras del Norte de Costa Rica. Ciento veinticinco soldados, bajo la dirección de Alonso Calero y Diego Machuca, descienden por el río San Juan e irrumpen en las llanuras de los ríos San Carlos y Sarapiquí. Luego de obtener cierta cantidad de oro, los expedicionarios continuaron descendiendo por el río San Juan en busca del cacicazgo de Suerre, pues como afirmó un indígena mercader capturado por los españoles, dicho cacicazgo contaría con numerosos pueblos. No obstante, los hombres de Calero y Machuca, una vez llegados en barco al mar Caribe, continuaron navegando, sin finalmente detenerse en las tierras del cacicazgo de Suerre.

Un año más tarde, el presidente de la recién fundada Audiencia de Panamá se interesa por organizar una expedición de conquista dirigida hacia la región del Caribe sur de Costa Rica, la que pone bajo el mando de Hernán Sánchez de Badajoz. El grupo de expedicionarios se embarca en dos navíos, los cuales zarpan del puerto de Nombre de Dios el 15 de febrero de 1540. Ambas embarcaciones se detendrían en la desembocadura del río Tarire o Sixaola, donde Sánchez de Badajoz funda una ciudad que bautiza Badajoz. Tan pronto se instalan en la región, los españoles levantan una empalizada construida con troncos de árboles cuyo objetivo era detener los ataques de los indígenas. No obstante, pronto estallaría un conflicto entre este conquistador y el gobernador de Nicaragua, Rodrigo de Contreras, quien consideraba como suyo este territorio. Desde Granada parte este Gobernador al mando de una fuerte expedición que desciende por el río San Juan hacia el mar Caribe. Contreras llegaría con sus barcos frente a la empalizada levantada por Badajoz el 15 de noviembre de 1541. Debido a la superioridad del contingente de soldados y de indígenas auxiliares que trae Contreras de Nicaragua, Badajoz se vio obligado a rendirse a las fuerzas que dirige el gobernador de Nicaragua.

El aumento del número de españoles en la región, significó el incremento de la presión sobre los indígenas de estos territorios. Los foráneos, acosados por el hambre, saquearon los plantíos de pejibayes, yucas, maíz; varios jefes indígenas fueron sometidos a tortura. Uno de ellos, el cacique Coxele, logró escapar y *“sublevó la tierra, porque era señor muy principal”*. Los indígenas se adueñaron entonces de la empalizada que había construido Badajoz, incendiándola y reduciendo a cenizas el campamento español.

Después de los fracasos de Badajoz y Contreras, Diego Gutiérrez obtuvo de la Corona los derechos de conquista y colonización del territorio en el que había fracasado su hermano. No sería sino hasta el año de 1543, dos años después de su partida de España, cuando Gutiérrez y sus hombres logran arribar a la desembocadura del río Suerre. En esta zona Diego Gutiérrez establece un campamento al que denomina *Villa Santiago*. Después Gutiérrez se aventuraría a continuar la exploración del territorio, adentrándose por el río Suerre hasta encontrar un poblado indígena de considerable extensión. En este punto Gutiérrez captura a dos caciques que las fuentes españolas denominan como *Camaquire* y *Cocorí*. Camaquire lograría huir, organizando poco después la resistencia indígena contra los invasores. Diversos grupos indígenas lograron confederarse y atacar sorpresivamente a los expedicionarios españoles. Aunque los indígenas no disponían más que de piedras, palos y lanzas de palma atacaron por sorpresa, muriendo Diego Gutiérrez y otros treinta soldados españoles en el enfrentamiento.

Con la derrota de Diego Gutiérrez, los indígenas de la región del Caribe lograrían detener los avances de los conquistadores durante casi dos décadas. El revés de los españoles durante estos años fue el resultado de la combinación de tres factores: a) las características ecológicas del territorio, de alta pluviosidad; b) el escaso apoyo logístico de los expedicionarios al no contar con un cercano núcleo de donde recibir provisiones o refuerzos; c) la resistencia tenaz de los indígenas, quienes lograron forjar alianzas superando sus disensiones internas, enfrentando de manera eficaz a los invasores.

En la segunda mitad del siglo dieciséis, los intentos por dominar el territorio de la costa Atlántica resultaron nuevamente infructuosos para los españoles. Cuando se organizó la primera expedición orientada al sometimiento del área interior del país, en la década de 1560, se planeó como un doble ataque: La empresa de Cavallón y de Estrada Rávago tenía como objetivo lograr la comunicación desde el Pacífico hacia la zona del Caribe sur de Costa Rica. Pretendían ambos establecer una serie de ciudades-campamentos, desde la región del Golfo de Nicoya pasando por el interior del país hasta alcanzar el Caribe sur. Pero, los planes de fundar un asentamiento hispánico en el Caribe de Costa Rica terminaron de igual forma que los anteriores intentos, en un rotundo fracaso.

La siguiente campaña de conquista hacia el interior de Costa Rica la dirigió Juan Vázquez de Coronado, quien a finales de 1562 ingresó al interior del país por la vertiente del Pacífico. Tan pronto logró afianzarse en el Valle Central, Vázquez de Coronado trataría de avanzar hacia el Caribe. No obstante, por instigación del cacique de Aserri, quien le había ofrecido su lealtad, este conquistador cambia de opinión y organiza una expedición hacia el territorio de los *Quepos* y los *Cotos* en la región del Pacífico sur. Una vez que se encontró en estos territorios Vázquez de Coronado trató de forjar una alianza con el cacique de los Cotos, de nombre *Corrohore*. Allí supo también de la existencia en esta región del sur del país de gran número de pueblos tanto en la vertiente del Pacífico como en la del Atlántico. No obstante, se vio obligado a regresar al interior del país ya que gran número de sus hombres se encontraban heridos y se le habían agotado las municiones de guerra.

En la región del Valle Central los soldados de Vázquez de Coronado fundaron la ciudad de Cartago en el territorio del denominado cacicazgo del *Guarco*. Afianzado en esta ciudad, Vázquez de Coronado enviaría hacia la región del Pacífico una columna con unos sesenta soldados fuertemente armados, en tanto él partió rumbo hacia Nicaragua en busca de refuerzos. Su objetivo era que sus soldados localizaran un buen sitio en la costa y fundaran un campamento que serviría de base de operaciones para la con-

quista de los territorios del sur del país. Pero esta expedición fracasaría debido a la tenaz resistencia de los indígenas de Coto y a la inclemencia del tiempo. No obstante, poco después Vázquez de Coronado arribó con un navío procedente de Nicaragua. De esta forma pudo reorganizar las fuerzas españolas en la región del Pacífico sur y así lanzarse a cruzar la cordillera de Talamanca, pues sus intenciones eran las de alcanzar la denominada provincia de Ara en la cuenca del río Tarire, reputada como la más rica en yacimientos auríferos.

Una vez que alcanzó la provincia indígena de Ara, Vázquez de Coronado se da cuenta de que carece de fuerzas suficientes para enfrentarse a los aborígenes. Entonces no le queda otra alternativa que la de regresar hacia el interior del país luego de realizar un rápido reconocimiento de los yacimientos auríferos y de repartir los supuestos lugares de minas entre sus soldados a fin de evitar la desertión de sus hombres.

Cuando Vázquez de Coronado ingresa a la recién fundada ciudad de Cartago la halla sitiada por indígenas rebeldes y los españoles en vigilia para evitar ser atacados. Los soldados que habían permanecido en Cartago se habían dedicado a saquear los cultivos de los pueblos indígenas y a exigir mano de obra para trazar la nueva ciudad, así como mantenían como rehenes a los jefes indígenas de Aserri, Curridabat, Yorustí, Quiricot y Puririci. Sin embargo, el cacique Garabito quien controlaba gran parte del territorio situado entre el Pacífico central y el occidental del Valle Central logró escapar cruzando la Cordillera e instaura una zona de refugio para los indígenas en la región de los Votos, en el norte del país. Poco después Vázquez de Coronado decide trasladarse a España a fin de conseguir financiamiento que le permitiera reclutar nuevos hombres y adquirir pertrechos para continuar la conquista de Costa Rica. Después de su partida, los soldados que permanecieron en Cartago se encontraron en precaria situación, pues la rebelión indígena se volvió general.

Bajo la dirección del cacique *Turichiquí* del pueblo de Ujarráz, diversas poblaciones indígenas establecieron una alianza a fin de expulsar definitivamente a los invasores de sus territorios y recuperar su independencia. Pero los españoles lograrían revertir la situación con la llegada de soldados provenientes de Nicaragua bajo el mando de un nuevo gobernador, nombrado después de la muerte en España de Vázquez de Coronado. Este era Perafán de Ribera, quien venía con la intención de alcanzar las áreas de yacimientos auríferos localizados en el sur del país. A principios de 1570, dejando en la ciudad de Cartago una guarnición de treinta soldados, Perafán de Ribera parte rumbo hacia las tierras del Caribe sur al mando de un contingente de sesenta y ocho soldados. Luego de atravesar las poblaciones de Corrosí, Atirro, Teotique, Chirripó, Pococí, Ayaque, Moyagua, Tariaca, Ciruro y el territorio de los Siguanos o "Mexicanos", intentaría finalmente establecer un campamento en el Valle de la Estrella. Pero los indígenas de la región resistieron tenazmente a los españoles a pesar de carecer de armas capaces de enfrentar el armamento español.

La expedición de Perafán de Ribera encontró las mismas dificultades con las que anteriormente habían topado todos los españoles que se habían aventurado en la región del Caribe sur del país. Hostigados por los indígenas y carentes de alimentos, los expedicionarios tuvieron que levantar el campamento y abandonar la región del Valle de la Estrella para trasladarse hacia la región de la Bahía del Almirante. En este sitio, incapacitados para explotar los yacimientos auríferos, los españoles se dedicaron a saquear los cementerios de los poblados abandonados. Pero pronto su situación se tornaría desesperada. Por ello, Perafán de Ribera tomó la decisión de atravesar la Cordillera de Talaman-

ca con rumbo hacia la Vertiente del Pacífico y desde allí regresar hacia Cartago. Su expedición terminó entonces en un rotundo fracaso, por lo que al final abandonaría la provincia de Costa Rica.

Al término de la gobernación de Perafán de Ribera poco se había avanzado en la colonización del territorio de Costa Rica. Doce años habían transcurrido desde la entrada de Juan de Cavallón al interior del país y Cartago no era otra cosa que un campamento en el que permanecían unos cuarenta soldados. De allí que, los intentos de asentamiento realizados en el curso de las expediciones de Cavallón, Vázquez de Coronado y Perafán de Ribera fracasaron pues no pudieron vencer la resistencia de los indígenas a fin de ponerlos a trabajar en la explotación de los yacimientos auríferos, condición necesaria para obtener financiamiento que garantizara la colonización en el interior del país.

Después de la renuncia de Perafán de Ribera a la gobernación de Costa Rica, la Audiencia de Guatemala nombró interinamente como gobernador de Costa Rica a Alonso Anguciana de Gamboa, vecino de Granada. A diferencia de Perafán de Ribera, Anguciana disponía de amplios recursos financieros que había logrado amasar en Nicaragua. También su principal interés era alcanzar los yacimientos auríferos del sur del país. Con este fin trajo de Nicaragua treinta esclavos negros entrenados en la localización de yacimientos de oro aluvial. A principios de 1574 Anguciana de Gamboa desembarca en las costas de la gobernación de Costa Rica. Sabe, sin embargo, que el nombramiento que le ha conferido la Audiencia de Guatemala tiene validez por poco tiempo. En realidad el Rey ha concedido la gobernación a Diego Artieda Chirinos; pero como éste permanece aún en España, Anguciana decide llevar a cabo sus proyectos. Uno de sus principales designios era el de establecer un puerto en la costa del Caribe. Con este fin partió desde Cartago con una compañía integrada por 50 soldados rumbo a la desembocadura del río Suere donde logró capturar un cacique. Pero no logró permanecer mucho tiempo en la región como consecuencia de la resistencia que le opusieron los indígenas del área del Caribe.

El sucesor de Anguciana de Gamboa, Diego Artieda Chirinos llega a la provincia de Costa Rica con la clara intención de fundar un puerto en la Bahía del Almirante en la región del Caribe sur. En febrero de 1577 Artieda Chirinos organiza una expedición hacia el Valle del Guaymí, en el extremo meridional de la gobernación de Costa Rica. Pero considera que el mejor modo de alcanzar esta región es por vía marítima. Por ello se traslada a Nicaragua, para desde la ciudad de Granada navegar por el lago y por el río San Juan, a fin de llegar al mar Caribe y desde allí dirigirse hacia la Bahía del Almirante. Una vez en esta región, funda a finales de 1577 un núcleo de colonización al que bautiza con el nombre de *Artieda*. Sus intenciones eran emplear este asentamiento como base de operaciones para establecer el control de los yacimientos auríferos. No obstante, los indígenas le opondrían una tenaz guerra de resistencia por lo que Artieda se vio obligado a retirarse hacia Granada. Fue éste el último de los intentos de colonización hispánica en esta región durante el siglo dieciséis.

Otra región que escapó a la dominación de los hispanos fue el vasto territorio que se extendía a partir de la laderas septentrionales de los volcanes de Poás y de Barva, especialmente las inmensas llanuras comprendidas entre los ríos que desembocan en el San Juan. No obstante, los conquistadores no mostraron mayor interés por controlar esta región ya que allí no se encontró oro. Por ello, desde las exploraciones llevadas a cabo por Alonso Calero y Diego Machuca en 1539, no hubo más intentos por controlar estos extensos territorios. En la década de 1560, Juan Vázquez de Coronado se refirió a esta región mencionando lo relativamente cercana que se encontraba del río San Juan y

en este sentido señalaba la posibilidad de establecer una ruta de comunicación entre la banda oriental del Golfo de Nicoya y este río, enlazando así la costa del Pacífico y la del Atlántico:

*“Están los Botos ribera del río llamado Pocosol que entra en el Desaguadero; y a dos leguas de los Botos pueden llegar, a lo que se entiende, las fragatas de Nombre de Dios que van a la ciudad de Granada. Desde los Botos, que están donde digo, hacia la Mar del Norte, al puerto de Landecho, habrá veinticinco leguas, toda tierra fría y sana, de mucha gente y comida y por manera que es razón esté Vuestra Magestad advertido de este caso para la contratación del Pirú que podría ser cosa cómoda por esta provincia y viaje más breve y más cercano que por otra cosa(...).”*⁴

Este proyecto no se llevó a cabo, aunque nuevamente en 1591 se volvió a mencionar esta posibilidad de enlazar por medio de una ruta terrestre el río Sarapiquí con la ciudad de Esparza en el Pacífico.⁵

Al término del siglo dieciséis, los españoles asentados en la ciudad de Cartago implantaron su férrea dominación sobre las poblaciones indígenas asentadas en el interior del país. El expediente mayormente empleado para someter a los aborígenes fue la captura de los líderes indígenas y el saqueo de los cultivos indígenas. Aquellos que trataron de escapar huyendo hacia las montañas cercanas fueron violentamente sacados de estos lugares, sus ranchos sistemáticamente incendiados y llevados los indígenas hacia las reducciones o “pueblos de indios” establecidos en el Valle Central. No obstante, es probable que en las dos últimas décadas de esta centuria se haya producido una considerable migración de indígenas que lograron escapar de las reducciones del Valle Central para trasladarse hacia las “áreas refugio” de Talamanca y Guatuso.⁶

III- Colonización hispánica, rebeliones indígenas y misioneros en el siglo diecisiete

Iniciado el siglo diecisiete y afianzados de manera estable los colonos españoles en la región del Valle Central interior del país y en la región del Pacífico central (ciudad de Esparza) otro gobernador intentaría implantar un núcleo de colonización en la región del Caribe sur. Fue así como en el año de 1605, el gobernador, don Juan de Ocón y Trillo comisionó a dos capitanes la conquista y pacificación de los indígenas de *Tierra Adentro*, nombre que empezaba a emplearse para designar la región del Caribe sur. Las intenciones de los españoles eran dobles. Por un lado buscaban tener acceso a las áreas que concentraban yacimientos auríferos, así como a las numerosas poblaciones indígenas de esta región. Por otro lado, establecer un asiento colonizador en la costa del Caribe sur era crucial para los colonos dada la cercanía de esta zona del importante puerto de Portobelo, en Panamá, centro neurálgico del comercio entre España y el Virreinato del Perú.

La tropa de soldados enviada desde Cartago entró en la denominada provincia de *Ateo*, donde los españoles establecieron un campamento militar al que llamaron *Real de Viceíta*. Desde este punto lanzaron columnas de soldados destinadas a capturar a los jefes indígenas de la zona. Luego de realizar diversas correrías en la región y de lograrse la captura de algunos caciques, los españoles tomaron la decisión de fundar allí una ciudad, en la margen derecha del río Tarire o Sixaola la que llamaron Santiago de Talamanca, en un sitio que los indígenas denominaban *Suretká*.

La fundación de la ciudad de Santiago de Talamanca no garantizó el sometimiento de las poblaciones indígenas de la región del Caribe sur. Por el contrario, en los territorios aledaños a la Bahía del Almirante comenzaron los indígenas a organizar la resistencia contra los invasores. Entonces a partir del año de 1607 los españoles enviarían desde Cartago soldados y pertrechos militares a fin de reforzar la presencia de los hispanos en la nueva ciudad. No obstante, para emprender la conquista de estos territorios era necesario destinar ingentes recursos y enviar gran número de soldados para someter a las belicosas poblaciones.

Los vecinos de Santiago de Talamanca obligaron a los indígenas que habían logrado someter, a construir una fortificación que llamaron San Idelfonso donde buscarían protección en caso de ataque. Mientras tanto, muchos de los indígenas que los españoles habían dominado empezaron a huir abrumados por el trabajo excesivo. Los españoles respondieron enviando columnas de soldados hacia las zonas donde se habían refugiado estos indígenas con el fin de reprimir y capturar los que cayeran en sus manos. Estos últimos fueron sometidos a grandes torturas, pues les fueron cortadas sus orejas.

Desde la perspectiva de los indígenas, el establecimiento de la ciudad de Santiago de Talamanca primero y las acciones llevadas a cabo por los españoles provocaron una alteración del orden social tradicional y trastornaron la concepción del orden cósmico de los indígenas. Es decir, quebraron el *nomos* social y cósmico de los autóctonos, el conjunto articulado de significados de su mundo, que integraba tanto el orden social como la concepción del universo creando un caos o anomia.

Para los indígenas, quienes organizaban su vida de acuerdo a una concepción del tiempo regido por su particular interpretación de la naturaleza y las exigencias del ciclo agrícola de sus cultivos, como ha destacado Eugenia Ibarra, la dominación española significó la violenta imposición de un calendario administrativo, religioso y ceremonial así como una interrupción de los procesos de trabajo autóctonos.⁷

Como consecuencia de esta situación se creó en la región un “desorden cósmico”, el cual sólo desaparecería con la expulsión de los españoles para así reestablecer el *nomos* anterior. A partir de este momento la religión tradicional ocupó un papel de primer orden. Por medio de revelaciones proféticas los chamanes lograron concertar la acción unificada de las diversas etnias indígenas que habitaban en la región de Talamanca. Los conflictos interétnicos que habían dividido a las poblaciones indígenas y facilitado la implantación de los españoles fueron superados para dar paso a la unión contra el invasor. Los indígenas establecieron alianzas y formaron confederaciones; la documentación española indica que un líder religioso de la región, un chamán o *usékar*, de nombre *Guaycorá*, fue quien logró confederar las etnias de los Viceítas, los Ateos, los Terbis o Térrabes y los Cabécaras.

En las sociedades tradicionales los chamanes establecen el enlace entre el pueblo y los espíritus sobrenaturales a los que se les atribuyen poderes en la dirección y gobierno de los asuntos humanos. Gracias a diversos medios como el aislamiento y el ayuno, los chamanes intencionalmente entran en estados de “trance”, “éxtasis” y obtienen “visiones” por medio de los cuales “conversan” con estas fuerzas sobrenaturales que representan “*las fuerzas de transformación*”. Los chamanes, en “*estados de trance*”, pueden comunicar con los espíritus quienes les dotan de poder y los instruyen sobre lo que deben hacer para la “regeneración del orden social” dislocado por la presencia de fuerzas extrañas a la comunidad, en este caso los invasores españoles. De esta forma la religión tradicional actúa como aglutinadora de esfuerzos y disparador de las acciones de los indígenas orientadas a expulsar los invasores portadores del caos.⁸

En la madrugada del 29 de julio de 1610 una fuerza de guerreros indígenas sorprendió a los españoles que formaban parte de una columna de soldados. Entretanto, otro grupo de indígenas atacó a los españoles que habían permanecido en la ciudad de Santiago de Talamanca. La colonia la integraban hombres, mujeres y niños quienes en número de 120 lograron refugiarse en la fortificación de San Ildefonso, resistiendo a duras penas el ataque. Los indígenas trataron de incendiar el fuerte lanzándole flechas incendiadas, aunque no lograron su objetivo. Ante la gravedad de la situación los sitiados enviaron un mensajero hacia la ciudad de Cartago para solicitar auxilio.

El 8 de agosto de 1610, el gobernador improvisó una expedición de soldados, la cual se puso en marcha al día siguiente. Tan pronto los soldados llegaron a Santiago de Talamanca organizaron la retirada de los 120 colonos, quienes perseguidos por los indígenas emprendieron la huida a Cartago. De esta forma fracasó el último intento de colonización hispánica en la región del Caribe sur de Costa Rica.

El triunfo de los indígenas del territorio de Talamanca tuvo importantes consecuencias para los autóctonos pues fortaleció su confianza en sus posibilidades para enfrentar a los invasores españoles. Es probable que los chamanes convencieran a las poblaciones de distintas etnias de la necesidad de unirse para expulsar a los invasores. Después de la huida de los españoles de su núcleo de colonización en Santiago de Talamanca, los indígenas de esta región se convirtieron en una fuerza permanente de resistencia, capaz de influir en lo social y lo religioso en los territorios vecinos sometidos a las instituciones políticas y económicas coloniales. En adelante Talamanca fue una fuente de apoyo moral y de reforzamiento ideológico de los jefes religiosos indígenas, quienes contribuyeron de manera decisiva a mantener el espíritu rebelde entre las poblaciones sometidas al yugo colonial. Así se explica cómo los habitantes del pueblo de Tariaca quienes originalmente no participaron en la sublevación se sumaron a los rebeldes después que estos vencieron a los españoles en Santiago de Talamanca e igualmente provocó la desertión de indígenas de reducciones recién fundadas cerca de la villa de Alanje en Panamá.⁹ Para detener otros posibles ataques los españoles establecieron en 1613 un presidio o fortaleza en Tariaca.

En 1615, la guarnición de soldados españoles instalada en el pueblo fronterizo de Tariaca fue objeto de un nuevo ataque por parte de los guerreros indígenas. Aparentemente desde dos años atrás un líder indígena el *BLu Coreneo* venía fomentando la resistencia contra los españoles. Entonces, desde Cartago los españoles enviaron una columna de soldados para reprimir la rebelión, con lo que lograron capturar a un jefe de los guerreros autóctonos llamado *Carebe*, quien sería condenado a muerte. No obstante, los indígenas continuarían su ofensiva. Es probable que los líderes religiosos consideraran que el momento era propicio para expulsar a los españoles de sus territorios ancestrales. Fue así como en el año siguiente (1616), una nueva insurrección jefada por el cacique *Xora* trató de cercar a los españoles en San Mateo de Chirripó, adonde se había trasladado la guarnición de soldados expulsada de Tariaca. De nuevo, los soldados españoles se replegaron hacia el pueblo de Teotique. La llegada de refuerzos enviados desde Cartago permitió a los españoles lanzar un contrataque. *Xora* y otros líderes indígenas fueron entonces capturados por los españoles y condenados a muerte, mientras que otros 80 indígenas rebeldes capturados serían concentrados en la reducción de San Juan de Ayaque.¹⁰ Después de sofocada esta rebelión, un destacamento de 20 soldados permaneció nuevamente en Tariaca. La intención de los españoles era dominar no sólo por la fuerza de las armas. Entonces enviaron a los frailes misioneros para evangelizar a

los indígenas y contrarrestar el poder ideológico y religioso de los chamanes indígenas. A partir de San Mateo de Chirripó y con la protección de los soldados, los frailes iniciaron su labor de evangelización edificando pequeñas iglesias y congregando a los indígenas en pueblos de reducción. Pero era significativo el odio que los aborígenes insumisos sentían por la nueva religión predicada por los misioneros, pues en ella veían la fuerza que intentaba acabar con su modo de vivir tradicional, con su cultura, con su independencia. La suerte que habían corrido las poblaciones pacificadas era la mejor prueba al respecto. Entonces los indígenas volverían a rebelarse en 1618. En esta ocasión se confederaron las etnias *Aoyaques*, *Cureros* y *Hebenas*, quienes atacaron sorpresivamente las poblaciones de reducción de San Juan Aoyaque, Santa Catalina Hamea y San Francisco Guycirí. El fraile franciscano fray Rodrigo Pérez murió como consecuencia del ataque, logrando salvar la vida el fraile Francisco Muriel guardián en el pueblo de Chirripó. Este ataque se llevó a cabo por instigación de un cacique indígena de nombre Juan Serrabá y de otra serie de líderes autóctonos de la región, quienes se habían aliado con este cacique.

Los indígenas rebeldes, una vez llevado a cabo el ataque, procedieron a exhumar los cadáveres de aquellos de los suyos que habían sido enterrados según los ritos cristianos, a fin de ofrecerles funerales de acuerdo a su propia religión. También los ornamentos de las iglesias fueron repartidos entre los jefes indígenas participantes en la rebelión. Tales acciones ponen de manifiesto el carácter ideológico/religioso del enfrentamiento. En este sentido puede considerarse este movimiento de resistencia como de carácter “redentivo” o de regeneración del orden social, el cual había sido alterado por la presencia de los colonizadores de origen foráneo.¹¹ Es decir, los indígenas buscaban un cambio social, en el que los españoles serían expulsados de sus territorios y en el que la sociedad indígena volvería a ser cómo antes. Los chamanes y los caciques intentaban eliminar el dominio español mediante el rechazo de los símbolos cristianos destacando el poder de su propia religión, señalando el advenimiento de un tiempo propicio para deshacerse de los extranjeros.

La ofensiva de los indígenas obligó a los españoles a retroceder, por lo que la frontera que separaba las áreas “pacificadas” de las que se encontraban bajo soberanía indígena se trasladó del anterior poblado de Tariaca al de San Mateo de Chirripó.¹²

El gobernador Alonso de Castilla y Guzmán, quien llegó a Cartago en junio de 1619, organizó una expedición para someter a los indígenas rebeldes. Con el fin de reclutar hombres en Cartago, ofreció distribuir entre los vecinos de esta ciudad los indígenas que se lograran capturar en dicha expedición. En setiembre de dicho año el gobernador se encontraba ya en el presidio de San Mateo de Chirripó. Allí pasaría revista a la tropa integrada por 46 hombres. Finalmente estableció un campamento en la orilla del río Tarire, donde -mediante una estratagema- logró capturar gran número de indígenas. También organizó varias columnas expeditivas con el fin de “correr la tierra” y apoderarse de más indígenas. Por medio de estas acciones los españoles capturaron unos 400 indígenas de ambos sexos y de todas edades. Logrado este propósito el gobernador Castilla y Guzmán envió los prisioneros amarrados y fuertemente custodiados hacia Cartago donde fueron encerrados en la iglesia de La Soledad, la cual había sido edificada recientemente en las afueras de esta ciudad. Como consecuencia del pésimo trato recibido en el largo viaje desde Talamanca hasta Cartago, murieron alrededor de la tercera parte de estos indígenas. Los sobrevivientes fueron repartidos entre los vecinos principales que habían participado en la expedición,

Las autoridades coloniales de Cartago montaron un elaborado proceso y un macabro ritual con el fin de escarmentar las poblaciones indígenas que se habían rebelado en 1616. En primer lugar fueron condenados todos los indios principales y el común de las poblaciones de los Cureros y Aoyaques. A sus poblados se le impuso la pena de ser completamente arrasados y “sembrados de sal”, imponiéndose a sus habitantes no volver a sus tierras, so pena de muerte. A los jefes indígenas se les condenó a morir. Los documentos españoles recogen los nombres de los que murieron en la horca: Juan Serabá, Francisco Cagsi, Diego Hebena, Francisco Muchú, Yiriquirá, Mateo Catebá, Diego Areucará, Lucaz Noariz, Duará, Quiroduxará, Juan Ibaczará y Bicará. La intención original era que los tres primeros muriesen en la hoguera. No obstante, *“por la incomodidad de los señores sacerdotes que han de ir confesando a los reos y ayudándoles a bien morir”*, se les dio “la gracia de no ser arrastrados los cuerpos vivos”, sino que fueron quemados después de su muerte en la horca.¹³ Los españoles creían que el terror sería un buen método para sujetar a las indómitas poblaciones del sur del país. Por ello, después de muertos, las cabezas de estos jefes indígenas fueron cortadas de los cuerpos, dándose la orden que fuesen colocadas en las plazas de los pueblos de reducción en esta región, nombrados *Guicirí, Hameas*, así como en el camino entre Chirripó y Guicirí. En cuanto a los otros condenados a muerte, se permitió que sus cuerpos fuesen enterrados en Cartago. No obstante, sus cabezas corrieron igual suerte que la de los otros indígenas, ya que se ordenó también su colocación en otras poblaciones indígenas, *“a la entrada de Cot, (...) en los altos del camino de Ujarráz, en la plaza de Aoyaque, entrada del pueblo de los Catapas y en la entrada del pueblo de Abangares”*. Era evidente que la colocación de las cabezas de los martirizados, en distintos puntos de la geografía del país, tenía el fin claramente explícito de impedir que la rebelión de los indígenas de la región del Caribe sur pudiese ser imitada por otros autóctonos. Pero la represión no se detuvo aquí. A cuatro indígenas más se les condenó a la amputación de su pie derecho, en tanto que a otros se les condenó a servir a los religiosos en la ciudad de Cartago. El suplicio de los condenados se ejecutó delante de los prisioneros *aoyaques, cureros y hebenos*, así como de otros muchos indígenas de la región central del país.

A pesar de los anteriores actos de represión, la región del Caribe sur continuó indómita. Primero, porque varios jefes indígenas habían logrado escapar y se mantenían rebeldes en las montañas. Entre estos se encontraban, Francisco Dundore o Duadore, Cabeuras, Domingo Cabaribá o Calirrabá, Encabucho o Encabrizo y Abarí. Segundo, porque los intentos de fundar nuevos pueblos de reducción en la región del Caribe fracasaron completamente, así como la prohibición de que los Aoyaques volviesen a vivir en su antigua población.¹⁴

Al tiempo que los españoles organizaron la fracasada ofensiva en Talamanca, también intentaron penetrar en la región de las llanuras del Norte con la intención de colonizar el territorio de los indígenas Votos. Un informe elaborado en enero de 1620 señalaba el potencial de riqueza de estas llanuras; no obstante pasarían dos décadas antes de que se realizara una expedición de colonización hacia estos territorios.

Nuevos intentos de apoderarse de la región del Caribe Sur fueron organizados por el gobernador Gregorio de Sandoval el año de 1638, quien en carta que escribió al rey le proponía someter el territorio donde tantos colonizadores habían fracasado. Sus intenciones eran las de fundar dos núcleos de colonización, uno en el valle del Duy y otro en el del Guaymí. Pero sólo sabemos que logró penetrar en la región en 1640, estableciendo un pueblo llamado *San Salvador*, con indígenas Aoyaques, cerca de Chirripó,

en la jurisdicción de Tierra Adentro. Allí los españoles levantaron una capilla y un fraile quedó a cargo de la misma.

El mismo año de 1638 se llevó a cabo una entrada al territorio de los Votos en las llanuras del norte del país. El capitán Hernando de Sibaja, al mando de una pequeña columna integrada por 19 soldados atravesó las montañas del Volcán Barva, llegando a orillas de los ríos Cutrís y Toro Amarillo (*Tori*). Sibaja regresó de su campaña con 56 indígenas prisioneros. Al año siguiente, alentado por la exitosa expedición de Sibaja, el rico encomendero Jerónimo de Retes organizaría una nueva entrada a este territorio. Al mando de 49 soldados cruzó las montañas del volcán Barva, llegó a las llanuras del río Cutrís continuando su marcha hasta alcanzar las tierras de un cacique llamado *Pococí*. En el palenque que gobernaba este cacique, los españoles contabilizaron unos 190 indígenas de ambos sexos. En la confluencia de los ríos San Carlos y San Juan, Retes fundaría una población a la que bautizó con el nombre de *San Jerónimo de los Votos*. La intención de Retes era utilizar este poblado como punto de colonización del territorio de los Votos y, al mismo tiempo, abrir una vía de comunicación entre el interior del país y el río San Juan, importante ruta de comercio donde navegaban las embarcaciones que realizaban la carrera entre Granada de Nicaragua y San Felipe de Portobelo en Panamá. Realizadas estas actividades, Retes emprendió el regreso hacia Cartago llevando consigo algunos indígenas, aduciendo que se trataba de indígenas escapados del Valle Central. Pero al final, el proyecto de Retes fracasó pues las autoridades coloniales se opusieron a sus planes. Entonces la empresa colonizadora en esta región fue definitivamente abandonada.¹⁵

Después del abandono de los proyectos de Jerónimo de Retes en la región de los Votos, los esfuerzos de conquista volverían a concentrarse en la región del Caribe. Para la élite de origen hispánico, la falta de mano de obra indígena en el área central era un problema acuciante. Durante la segunda mitad del siglo diecisiete, la población autóctona bajo control español se redujo drásticamente. La documentación abunda en referencias al mal tratamiento a que eran sometidos los indígenas en faenas agrícolas agotadoras, así como respecto a las exacciones sufridas a manos de los encomenderos. No es de extrañar que, dadas sus precarias condiciones de existencia, fuesen presa fácil de las enfermedades, aunque también es posible que muchos huyeran hacia Talamanca o a la región de los Votos.

El constante descenso de la población indígena encomendada fue el principal motivo que indujo a los colonizadores de Cartago a tratar de ingresar en la región de Talamanca. Pero, en el último tercio del siglo diecisiete, los españoles empezaron una nueva ofensiva en Talamanca con el fin de conseguir mano de obra para iniciar el desarrollo del cultivo del cacao en el valle de Matina, en el área del Caribe central. Una primera entrada de exploración la llevó a cabo el gobernador Andrés Arias Maldonado, quien se trasladó desde Cartago hasta la costa del Caribe, a un punto cercano al actual puerto Limón. Sin embargo, el gobernador Andrés Arias Maldonado moriría dos años después sin haber emprendido la conquista de Talamanca. No obstante su hijo, quien se desempeñaba como corregidor del pueblo indígena de Turrialba, asumió interinamente la gobernación intentando -aunque con pocos medios- someter las poblaciones indígenas del Caribe.

En el mes de abril de 1662, Arias Maldonado hijo saldría de la ciudad de Cartago al mando de una columna de sólo 10 hombres y un fraile que estaba a cargo del pueblo de reducción de San Mateo de Chirripó. Su expedición alcanzó el río Tarire(Sixaola), en

cuyo margen fundó una nueva población que llamó *San Bartolomé de Duqueiba* (más tarde San Bartolomé de Urinama, en las sabanas de Auyaque), con indígenas procedentes de 7 diferentes tribus, a saber: Ciruros, Duqueiba, Uruscaras, Moyaguas, Xicaguas y dos procedentes del Valle del Duy. En la nueva población de reducción fue erigida una iglesia y aceptaron la soberanía española alrededor de 1.200 indígenas.¹⁶ Cabe preguntarse las razones por las cuales los aborígenes de esta región cambiaron aparentemente su disposición frente a los españoles.

Las incursiones en la región del Caribe de ingleses y de franceses, desde la década de 1660 a quienes se unirían poco después los misquitos de la costa Atlántica de Nicaragua, tendrían como objetivo la captura de indígenas para convertirlos en esclavos y llevarlos hacia las plantaciones de azúcar que los ingleses comenzaban a desarrollar en la isla de Jamaica. Hacia 1669 el gobernador inglés de esta isla decía que muchos de los piratas en el Caribe se estaban dedicando al comercio, intercambiando diversos productos con los misquitos, adquiriendo de ellos indígenas aprisionados que luego eran vendidos a los propietarios de plantaciones de Jamaica.¹⁷

La amenaza de estas incursiones en la costa llevó a los indígenas del Caribe a una situación extrema, por lo que estuvieron dispuestos a ponerse bajo la soberanía española, pues como diría años más tarde un fraile:

"estimaban por menos cruel el doblegarse a su doctrina que el continuar expuestos a las piraterías y depredaciones de mosquitos e ingleses".¹⁸

La sumisión de los indígenas a los españoles no se mantendría mucho tiempo, pues instigados por sus líderes religiosos, numerosos guerreros indígenas atacaron a los escasos españoles que se encontraban en la región. Estos se refugiaron en una casa fuerte que habían levantado en Duqueiba, al tiempo que solicitaron refuerzos a la ciudad de Cartago. Entonces, a pesar de la reticencia de algunos miembros del cabildo, una columna de 25 soldados salió de Cartago en auxilio de los españoles sitiados. No obstante pronto se hizo evidente que tal fuerza militar no era suficiente para mantenerse en el lugar, por lo que los españoles tuvieron que regresar a Cartago. Una vez que los españoles se encontraban en Cartago se rebelaron igualmente los indígenas de Tariaca.

Un último esfuerzo por someter la región de Talamanca se llevó a cabo en 1663, cuando el gobernador Arias Maldonado (hijo) logró organizar una fuerza compuesta por 150 españoles, 30 mulatos y 125 indígenas cristianos, a quien acompañaban dos frailes franciscanos. Previamente se habían enviado 150 mulas y gran número de bueyes cargados de víveres y municiones para los expedicionarios. La expedición se detuvo primeramente en el sitio donde había sido fundado anteriormente el poblado de San Bartolomé de Duqueiba. Establecido allí un primer campamento, Arias Maldonado pasó con el grueso de sus hombres hacia el territorio de los infieles Talamanca, donde fundaría otra población a la que bautizó con el nombre de *San Francisco de Conamarí*. Pero muy pronto el proyecto de colonización fracasaría. La mayor parte de los soldados y oficiales desertaron el campamento instalado en Conamarí. Aunque no se conocen bien las razones de esta deserción masiva, es probable que fuese resultado de un larvado enfrentamiento de poderes. Desde el momento en que el gobernador Arias Maldonado había solicitado apoyo para su campaña militar en Talamanca topó con la tenaz oposición de algunos miembros del cabildo de la ciudad de Cartago. Quizás algunos encomenderos de esta ciudad no estaban dispuestos a que se abriese otro centro de coloni-

zación en la región del Caribe sur, por la competencia que una nueva zona de producción podría causar en su ya menguado comercio de exportación de abastos hacia el istmo panameño. De esta forma se hundió el último intento de envergadura por someter el territorio de Talamanca.

Después de la fracasada expedición de Arias Maldonado, desde Cartago se organizaron algunas entradas tanto a Talamanca como a la región de las llanuras de Guatuso con el fin de capturar indígenas para forzosamente trasladarlos hacia las plantaciones de cacao en el Valle de Matina. Este fue el objetivo de una expedición dirigida por el capitán Diego de Zúñiga, quien en 1665 trasladó 94 indígenas Votos hacia Atirro.¹⁹ También, desde 1675, empezó una ofensiva de los frailes misioneros en Talamanca que comenzaron a organizar pueblos de reducción. En 1675 fray Juan de Matamoros, religioso franciscano, *"cura doctrinero por real patronato del partido de Chirripó e indios Urinama de la Talamanca"*, informaba que había bautizado a 112 indígenas, hombres, mujeres y niños, de:

*"las naciones Cavécaras, Nacuebas, Cirurus, Chicaguas, Tariquí, Tarici, Urinamas, Urarubos, que se comprenden en la Talamanca, de la parte del río Tariri a la de la mar del norte hasta el río de la Estrella; y quedan por catequizar y bautizar al pie de 500 familias de dichas naciones que (...) están reducidas, y los así bautizados quedan poblados en los pueblos de Cururu y Conamara."*²⁰

A pesar del avance misional, al año siguiente se rebelaron los *Urinamas* amenazando la reducción de San Mateo de Chirripó, cabecera del partido de Tierra Adentro y de las misiones de Talamanca. Estos indígenas se sublevaron huyendo algunos a las zonas montañosas. A fin de reprimirlos, se envió desde Cartago una columna de 50 soldados al mando del capitán Antonio Pacheco.²¹

La constante rebelión de los indígenas de Talamanca en estos años era consecuencia de la fuerte explotación a la que eran sometidos en las haciendas cacaoteras de Matina, en plena expansión en estos años. Según un informe:

*"... el dicho don Miguel Gomes de Lara (Gobernador de Costa Rica) por mano del capitán Francisco de Bonilla su lugarteniente que fue del valle de Matina hacía repartimiento de los yndios del Pueblo de Urinama a los dueños de haciendas de cacao en dicho valle, remudados cada tres meses y por cada yndio le davan un zurrón de cacao de veinte y cinco pesos al dicho theniente para el dicho Governador y que dicho theniente le hizo (con estos indígenas) una Hazienda de cacaguatal al dicho don Miguel Gomes de Lara quien la bendió al capitán don Joseph Perez de Muro, vecino de la ciudad (de Cartago)".*²²

Como consecuencia de la presión constante de los españoles, tanto de soldados como de misioneros, los indígenas de Talamanca terminarían por organizar una nueva rebelión generalizada. Esta se lleva a cabo ya iniciado el siglo dieciocho, la cual pondría fin al avance misional iniciado en el último tercio del siglo diecisiete. En setiembre de 1709 bajo la dirección de los jefes indígenas Comesala y Pablo Presbere, un numeroso grupo de guerreros indígenas atacó sorpresivamente a los españoles. Durante el ataque, las reducciones misionales de Cabécar, Urinama y Chirripó fueron destruidas.²³

Es poca la información documental disponible para ubicar las figuras de estos líderes indígenas en su contexto cultural. Sabemos que Prebere fue "cacique" de la par-

cialidad de Suinsi, tal como lo indican las fuentes españolas. Este sitio hoy día se considera que corresponde al actual Suinxy o Tswi'tsi, que está en la margen derecha del río Coén y a unos cinco kilómetros al este de San José Cabécar. De acuerdo con una investigación reciente, Presbere no fue un guerrero, a pesar de que así aparezca en la documentación y de ser el líder de una revuelta armada. Lo más probable es que su actividad como líder estuviese asociada con rituales mágicos y no con la guerra.²⁴

Como lo consignaron los propios frailes, antes de 1706, cuando los misioneros entraron con soldados armados, Presbere había rehusado el bautismo y había mostrado una gran oposición a los misioneros. Si al final aceptó el bautizo con el nombre de Pablo se debió probablemente a la amenaza representada por esta fuerza militar. Su oposición al bautizo y a la labor misional de los frailes derivaba probablemente de su función como chamán de los bribris. De ahí que disponía del poder de desatar las fuerzas mágicas y por medio de éstas convocar y dirigir la rebelión que imponían las circunstancias a los indígenas. De ambos caciques Presbere era entonces el más importante en tanto que poseedor de las facultades psíquicas especiales de los chamanes, capaces de ejercer influencia sobre el curso de los acontecimientos.²⁵ Sobre Comesala es poco lo que las fuentes indican. Era cabécar y cacique en el poblado que los frailes llamaron Santo Domingo.

Los indígenas organizan la rebelión pues se encontraban en situación desesperada en vista de que los misioneros tenían intenciones de despoblar Talamanca y trasladar sus pobladores hacia el Valle Central y el valle de Diquís.²⁶ Ambos líderes indígenas concentraron sus fuerzas en Suinsi, sin despertar la sospecha de los españoles. De aquí se dirigieron con un grupo de guerreros indígenas cabécaras y terbis hacia el poblado de San Bartolomé de Urinama, donde se encontraba fray Pablo de Rebullida, al que atacaron sorpresivamente. En el ataque pereció este fraile y dos soldados que le acompañaban. Luego, el jefe Comesala, con los indígenas de Santo Domingo dieron muerte a fray Antonio de Zamora, a dos soldados, la mujer y el hijo de uno de ellos. Posteriormente, el día 28 de setiembre, una numerosa fuerza de indígenas procedentes de los pueblos de San Buenaventura, la Santísima Trinidad, San Miguel, San Agustín y los de Jesús, armados de lanzas y broqueles atacaron el pueblo cabécar de San Juan donde se encontraba fray Antonio de Andrade en compañía del grueso de la tropa española. Cinco soldados perecieron en el enfrentamiento, logrando el resto huir a duras penas hacia el pueblo de Tuis, para luego trasladarse a Cartago. Una vez que los españoles se retiraron, los indígenas dieron fuego a catorce iglesias fundadas por los misioneros, los conventos y las casas de cabildo, así como destruyeron las imágenes y objetos sagrados de los misioneros. Tan sólo se salvaron las dos iglesias de Viceíta, pues los indígenas de esta nación no participaron en el alzamiento.²⁷

En respuesta al ataque de los indígenas, el gobernador de Costa Rica preparó una gran expedición militar. No obstante como no había suficientes implementos militares, pidió ayuda a la Audiencia de Guatemala. Fue así como a principios de 1710 se disponía ya en Cartago de un arsenal adecuado y de financiamiento para lanzar hacia Talamanca una considerable tropa de soldados. El gobernador Lorenzo de la Granda y Balbín preparó un plan destinado a atacar Talamanca por dos frentes: En tanto una fuerza compuesta por ochenta soldados salió directamente con rumbo a Talamanca por el camino de Chirripó, el gobernador, acompañado del fraile Antonio de Andrade se dirigió hacia el pueblo de Boruca a la cabeza de 120 soldados. Allí emitió la siguiente proclama dirigida a los indígenas:

"...en cumplimiento de orden que tengo del gobierno superior de Guatemala para entrar a castigar a los indios rebeldes de las montañas de Talamanca (...) hago saber (...) que a los que vinieren a dar la obediencia al gobernador y capitán general del rey (...) les ofrezco en su real nombre el perdón en aquello en que hubieren delinquido, y a los que no vinieren los publico, por rebeldía, traidores a ambas majestades, que son merecedores de quemarlos vivos, como lo experimentarán en la guerra que desde luego les publico a todos los que no vinieren a dar la obediencia al rey mi señor (...)".²⁸

Emitida esta proclama "a son de caja y trompeta" el gobernador hizo abrir un sendero en la montaña para comunicar Boruca con Viceíta, al otro lado de la cordillera. Aquí los indígenas prefirieron ponerse de parte de los españoles, lo que le permitió al gobernador pasar hacia Cabécar donde luego se le unió la fuerza militar que había ingresado por el camino de Chirripó, enfrentando la resistencia de los indígenas. En este pueblo los españoles establecieron su cuartel general emprendiendo numerosas correas hacia las tierras de los indígenas rebeldes, logrando capturar a unos 700 indígenas, incluido el jefe indígena Presbere. No obstante el cacique Comesala y otros indígenas lograron escapar escondiéndose en las escarpadas montañas. A pesar de que se les había ofrecido la paz a los rebeldes si se rendían, éstos prefirieron dar fuego a sus casas y huir al tiempo que implantaban numerosas trampas de estacadas.²⁹

Después de permanecer varios meses en las montañas de Talamanca, en el mes de junio los españoles emprendieron el regreso hacia Cartago, alegando no poder permanecer más en la región por "la fragosidad de las montañas y entrada del invierno". En el camino hacia Cartago perecieron y huyeron alrededor de 200 indígenas, de manera que a esta ciudad llegaron unos 500. Tal como lo había ofrecido el gobernador estos indígenas fueron repartidos entre los expedicionarios a fin de que los empleasen "para su servicio personal". Es evidente que la represión organizada contra las poblaciones indígenas de Talamanca tenía como principal objetivo el aprovechar el apoyo financiero y en armamentos dado por la Audiencia de Guatemala a fin de capturar mano de obra para emplearla en las explotaciones agropecuarias de los españoles en el Valle Central. No hay duda que estos indígenas fueron tratados duramente pues nueve años más tarde de los 500 indígenas traídos quedaban, según testimonio del gobernador Haya Fernández, solamente 200.³⁰ Respecto al cacique Presbere, se le siguió juicio en Cartago, siendo condenado a la pena capital. Murió arcabuceado en esta ciudad el 4 de julio de 1710. Luego se ordenó que se le cortase la cabeza la cual fue puesta en lo alto de un palo para que sirviese de escarmiento "a todos los indígenas de esta provincia". Es decir los españoles continuaron empleando el terror como medio de represión.

Después de la sublevación indígena y de la represión subsiguiente, los frailes iniciaron gestiones para reanudar las misiones en Talamanca. No obstante, toparon con la negativa del obispo de Nicaragua y Costa Rica quien achacó el fracaso de la evangelización en Talamanca "a la ignorancia de los recoletos y al excesivo rigor de los observantes". Por razones que desconocemos, este obispo deseaba que la evangelización la llevaran a cabo los jesuitas, por lo que se opuso a los proyectos de los franciscanos recoletos. No obstante, también es cierto que quedó demostrado que los españoles sólo podrían controlar la región si mantenían una numerosa tropa de soldados en este territorio, lo que no estaban en condiciones de financiar. Fue así como Talamanca quedaría nuevamente al margen de la colonización hispánica. Para los indígenas, a pesar de la fuerte represión y captura de varios centenares de los integrantes de sus comunidades, la rebe-

lón fue un éxito pues en adelante los españoles no pudieron emplear más a los indígenas en las plantaciones de cacao en el valle de Matina y lograron mantener a Tlamanca como zona donde prevalecería la soberanía de los autóctonos hasta finales del período colonial.

VER GRAFICO ADJUNTO

IV- Conclusiones

En el siglo dieciséis, los principales esfuerzos de los colonizadores hispánicos se concentraron en la región del Caribe sur con la intención de controlar los supuestos importantes yacimientos auríferos existentes en esta zona. No obstante, la resistencia indígena expulsó a los españoles de este territorio. Durante toda esta centuria los europeos fueron incapaces de establecer asentamientos de colonización permanentes teniendo que abandonar esta región luego de sus infructuosos esfuerzos.

En el siglo diecisiete, lograron los españoles implantarse en el Caribe sur con la fundación de la ciudad de Santiago de Talamanca en 1605. Sin embargo, esta situación terminaría cinco años después en un estrepitoso fracaso. Bajo la dirección del usékar Guaycorá la rebelión de los indígenas expulsó a los 120 colonos españoles hacia la ciudad de Cartago reimplantando la soberanía de los indígenas en el Caribe sur. A finales de dicha centuria el afán colonizador sería sustituido por el envío de misioneros, aunque con escolta militar. No obstante, la rebelión indígena dirigida por los líderes autóctonos Comesala y Pablo Presbere impidió que estos continuaran siendo llevados a trabajar en las plantaciones de cacao en Matina logrando mantener Talamanca al margen de la colonización española hasta finales de la dominación colonial.

En la región de las llanuras del norte, en el territorio de los Guatusos o Votos, la situación fue diferente desde la perspectiva española. Aparte de las incursiones de Sibaja y de Retes en la década de 1640, así como de otra expedición organizada en 1665 a fin de capturar casi un centenar de indígenas para su traslado a Matina, no hubo mayor interés por estos territorios por parte de los colonos de Cartago, los cuales se convirtieron en zona de refugio indígena desde finales del siglo diecisiete. Hacia las llanuras del norte, huían los indígenas procedentes de las zonas bajo dominación española y en este sentido, los autóctonos lograron preservar su soberanía en esta región hasta finales del período colonial y aún posteriormente.

Por último, pero no de menos importancia, cabe destacar el papel desempeñado por los líderes religiosos indígenas en la organización de los movimientos de resistencia contra los españoles. Tanto en la sublevación de 1610, que acabó con el núcleo de colonización hispánica de la ciudad de Santiago de Talamanca, como en la rebelión generalizada del año de 1709, los documentos españoles dan a entender que los respectivos jefes en ambas insurrecciones fueron chamanes o usékares: Goaycorá en 1610 y Presbere en 1709.

Aunque la documentación disponible es escasa respecto a los móviles e intenciones, así como la forma en que se organizó la alianza de las distintas étnias indígenas para enfrentar al invasor, es evidente que fue necesaria la mediación de estos chamanes o usékares. Tal como lo han mostrado diversos estudios antropológicos, son los chamanes quienes por su capacidad de “convocación de los espíritus sobrenaturales”, se convierten en “líderes naturales” de las sociedades tradicionales, instruyendo al resto de la población sobre lo que deben hacer con el fin de regenerar el orden social dislocado por la presencia de misioneros y soldados españoles.

El carácter ideológico-religioso de las rebeliones indígenas es también patente en las acciones que llevan a cabo los sublevados con los frailes y los ornamentos de la liturgia cristiana. En 1618 pereció fray Rodrigo Pérez y en 1709 los frailes Pablo de Rebullida y Antonio de Zamora. En la rebelión de 1618 los indígenas se apoderaron de los ornamentos religiosos y exhumaron a los autóctonos que con anterioridad habían sido

enterrados según los ritos cristianos. En la rebelión de 1709 también fueron destruidos los ornamentos religiosos cristianos e incendiadas las capillas levantadas por los frailes en Talamanca.

Todo lo anterior demuestra cómo la religión como ideología constituyó el punto central del enfrentamiento entre indígenas y españoles, así como el hecho de que el simbolismo mágico-religioso jugara un papel fundamental en la resistencia de los indígenas contra los intentos de colonización española en Talamanca. Por ello, es necesario estudiar las actuales sociedades indígenas de Costa Rica pues ellas conservan en sus tradiciones y visión del mundo aquel pensamiento mágico-religioso que actuó como catalizador de movimientos de rebelión indígenas. Para terminar, conviene entonces citar las conclusiones de la investigadora Eugenia Ibarra:

"...para rescatar a [los] actores indígenas como las personas que fueron, y, por medio de ellas, comprender sus acciones, es imprescindible profundizar en el conocimiento de su sociedad. Para el cumplimiento de tal objetivo, el trabajo interdisciplinario es fundamental [...] sólo así podremos abrir el espacio que les correspondió en la historia de siglos pasados, la que contribuye a comprender el presente de estos grupos."³¹

Notas

1. Eugenia Ibarra Rojas. *La resistencia de los indios de las montañas de Talamanca (Costa Rica) y el pensamiento mágico religioso (siglos XVI, XVII y XVIII)*. Serie Avances de Investigación N. 56, 1991, CIHAC, Universidad de Costa Rica, p. 4.
2. Eugenia Ibarra Rojas. "La situación conflictiva de Talamanca en los siglos XVI y XVII (1539-1709) en: *Memorias del Primer Simposio sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica*, CONICIT, Universidad de Costa Rica, Instituto Geográfico de Costa Rica, San José, 1984, pp. 13-17.
3. León Fernández, *Historia de Costa Rica durante la dominación española*. 2 ed. San José: Editorial Costa Rica, 1975, pp. 18-19.
4. Cartas de relación de Vásquez de Coronado fechada el 5 de enero de 1563, San José: Academia de Geografía e Historia, 1964, pp. 18-19.
5. *Colección de documentos para la Historia de Costa Rica*. (Compilados por León Fernández). (CDHCR), París, Barcelona, San José, 1886-1907, Tomo V, pp. 643-645.
6. Vid. Ibarra Rojas (1991) *Op.cit.*, p. 13 y Eugenia Ibarra Rojas "La organización clánica en el Valle Central y Talamanca en el momento de la conquista. Siglos XVI y XVII". En *Costa Rica colonial*. Publicación de la Comisión Costarricense del 5to Centenario del Descubrimiento de América. San José: Ed. Guayacán, 1989.
7. Ibarra Rojas (1991), *Op.cit.*, p. 17.
8. Vid. Alicia M. Barabas, *Utopías Indias: Movimientos socioreligiosos en México*, México: Ed. Grijalbo, 1987, pp. 31-33; Shamanism: An expanded view of reality (compiled by Shirley Nicholson), Wheaton, Illinois: The Theosophical Publishing House, 1987, pp. 47-52 y Joel W. Martin, *Sacred Revolt: the Muskogees Struggle for a new world*, Boston: Beacon Press, 1991, pp. 17-45, 123.

9. Ibarra Rojas (1991), *Op. cit.*, p. 17.
10. Bernardo A. Thiel, *Datos cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica*. Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas. Reimpresión, p. 28.
11. Para el uso de este concepto, Cf. Joel W. Martin, "Before and beyond the Sioux ghost dance: native american prophetic movements and the study of religion", en: *Journal of the American Academy of religion*, LIX/4 (1991), pp. 677-695.
12. Pedro Pérez Zeledón, "Fray Rodrigo Pérez", en *Gregorio José Ramírez y otros ensayos*, Ed. Costa Rica, 1975, pp. 71-87 y Claudia Quirós, *La era de la encomienda*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1990, pp. 220-225.
13. Pedro Pérez Zeledón, *Op. cit*, pp. 81.
14. "Relación del castigo que el gobernador D. Alonso de Castilla y Guzmán hizo a los indios Aoyaques, Cureros y Hebenas en 1619", en *CDHCR*, Tomo VIII, pp. 151-194.
15. "Relación que hace el capitán Hernando de Sibaja enviado en la entrada que hizo al río Cutris (...) población de los Votos y descubrimiento de los puertos de Juré y Cutris (...)", Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, Serie Cartago No 29 (años de 1639 y 1640).
16. Claudia Quirós, "La era de la encomienda", p. 226 y Ricardo Fernández G. "Reseña Histórica de Talamanca", en: *El Descubrimiento y la Conquista*. Editorial Costa Rica (5 edición), p. 189.
17. M. W. Helms, "Miskito Slaving and culture contact: ethnicity and opportunity in an expanding population". en: *Journal of Anthropological Research*, 39 (1983), pp. 179-197.
18. M. M. Peralta, "Misiones de Talamanca 1710 a 1740", en: *Costa Rica y Colombia de 1573 a 1881: su jurisdicción y sus límites territoriales*, Madrid, 1886, p. 148.
19. Thiel. *Datos Cronológicos*, *Op. cit*, p. 58.
20. *CDHCR*, Tomo V, p. 353.
21. Ricardo Fernández, "Reseña Histórica de Talamanca", en: *El Descubrimiento y la Conquista*. *Op. cit.*, p. 189.
- 22.. "Fragmentos de un testimonio de causas seguidas contra los gobernadores D. Miguel Gomez de Lara y D. Manuel de Bustamante y Vivero, y contra el Capitán Sebastián de Zamora. (1694)", Archivos Nacionales, Sección Histórica, serie Guatemala No. 119, en *Revista de los Archivos Nacionales* (enero-junio 1953), números 1-6, p. 73.
23. Diversos investigadores han analizado la rebelión indígena de Talamanca en el año de 1709. Señalamos los siguientes: Ricardo Fernández Guardia, *Op. cit*, pp. 193-196. Carlos Roberto López Leal, *Una rebelión indígena en Talamanca: Pablo Presbere y el Alzamiento General de 1709*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, 1973. Paulino González, "La Conquista" en: *Desarrollo Institucional de Costa Rica: de las Sociedades Indígenas a la crisis del 30*. San José, Ed. Guayacán, 1988, pp. 108-109. Claudio Barrantes, "Los caminos de Presbere en la Epoca Colonial", en: *Comisión Nacional de Nomenclatu-*

ra Relación de Actividades. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1985. pp. 29-34. Mario Humberto Ruiz, "Melodías para el tigre: Pablo de Rebullida y los indios de Talamanca. 1694-1709", en: *Revista de Historia* (enero-junio 1991) N. 23, pp. 59-105 y Eugenia Ibarra Rojas (1991) *Op. cit.*

24. Claudio Barrantes, *Op. cit.*, pp. 29-34.
25. Vid. E. Jensen, "El chamanismo como expresión de la verdadera magia", en: *Mito y Culto entre pueblos primitivos*, México: Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 256-278.
26. Claudio Barrantes, *Op. cit.*, p. 32.
27. Ricardo Fernández, "*El Descubrimiento y la Conquista*", *Op. cit.*, p. 193.
28. *CDHCR*, Tomo V, p. 472.
29. *CDHCR*, Tomo IX, p. 105.
30. *CDHCR*, Tomo V, p. 487.
31. Ibarra Rojas (1991), *Op. cit.*, p. 34.



